

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 22 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PAÑTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
del popular artista

SESSUE HAYAKAWA

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. - Barbará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MORA. - TOPETE, 16. - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 189

25 cénts.



DESPUÉS DE
LA FUNCIÓN

por LILA LEE
y JACK HOLT
FilmoTeca
de Catalunya



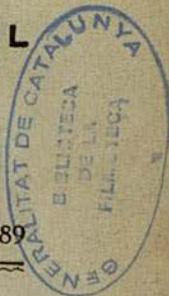
DE MILLE, WILLIAM

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 189



Después de la función

(AFTER THE SHOW, 1921)

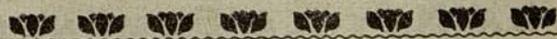
Interesante comedia dramática,
interpretada por los
populares artistas

LILA LEE, JACK HOLT
y CHARLES OGLE

—
Producción Paramount
—

Exclusiva de SELECCINE S. A.
—

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MAE BUSCH



Después de la función

Argumento de la película

Muchos son los que solicitan empleo en la dirección artística de los teatros, pero muy pocos los escogidos. Y mientras los solicitantes esperan ansiosamente el fallo del director escénico, la esperanza y la desilusión aparecen alternativamente en sus ojos.

Elena, una muchacha de una pequeña población de provincia, tenía la seguridad de llegar a ser una gran actriz, si le daban una oportunidad para ello.

Había pasado aquella tarde en el antedespacho del director junto con otras mujeres que soñaban con una contrata ventajosa. Cuando iba a tocarle el turno, un empleado anunció:

—Se ha terminado por hoy la visita, señoras. Vuelvan mañana.

Las demás mujeres abandonaron resignadas el despacho. Era otra estación, otro paro más en su calvario de aprendizas de la gloria. Elena quedó en un rincón sin atreverse a salir. Llevaba varias semanas esperando en vano. ¡Oh! era necesario entrevistarse con el director aunque fuera a una hora extraordinaria. Cuando éste salió, creyendo

que las solicitantes habían marchado, Elena fué a su encuentro:

—Señor Director, desearía hablar un momento con usted. Quisiera contratarme...

Pero el Director la miró severamente y respondió:

—Vuelva usted mañana...

Y prosiguió su camino. A Elena se le llenaron los ojos de lágrimas. Una mecanógrafa, compadecida de su situación, intentó consolarla:

—Quizás pueda usted hablarle esta noche en el teatro después de la función...

Elena, como todas las muchachas que suspiran por el teatro, se dispuso a hacer lo que la dependencia le aconsejaba. A pesar de que la noche era inclemente y fría, esperó en el callejón que conducía a la puerta del escenario a que saliera el Director.

El portero del escenario era don Melitón, un viejo rústico e inculto, pero con un corazón de niño... En sus años juveniles tuvo también aspiraciones de llegar a ser un gran actor pero hubo de contentarse al fin con su humilde oficio de portero.

En sus ratos de ocio dedicábase a la lectura de los clásicos, haciendo revivir las creaciones de los maestros.

Había terminado la función. Noami, una veterana del coro, que había sido muy bella en otros tiempos, se acercó a don Melitón, y le dijo:

—¿Ha preguntado alguien por mí esta noche, don Melitón?

—¡Hace mucho tiempo que nadie pregunta por ti, Noami!...

La corista, que iba poco a poco perdiendo a jirones su belleza, lanzó un suspiro:

—¡Ay don Melitón, me parece que su estrella y la mía se apagaron para siempre!

El portero se encogió de hombros. ¡Qué se le iba a hacer! ¡Injusticias de este pícaro mundo!

En la calle, Elena había visto desfilar una serie de mujeres que se dirigían hacia sus casas u a otros sitios... Pero el Director no aparecía... Cuando vio salir a don Melitón se acercó y le preguntó con aire humilde:

—¿No ha salido todavía el Director de escena?

El buen viejo contempló a la muchacha que tiraba de frío bajo las rachas heladas del vendaval.

—Sí, el Director ha salido ya por la puerta principal...

Estas palabras que significaban también la inutilidad de la espera, desvanecieron las últimas fuerzas de la chiquilla. Don Melitón tuvo que sostenerla. Sintió por ella una infinita lástima.

—¿Qué tienes, pobre niña?... Ven, iremos al *restaurant* y entrarás en calor...

Fueron a una especie de taberna donde se reunían los artistas del montón, del coro anónimo, los fracasados de la vida. El vaho del local pareció devolver el aliento a la muchacha.

Elena explicó su calvario, las largas visitas inútiles, la espera sin lograr ver nunca al Director.

—Cena hoy conmigo—dijo el viejo—. Después te llevaré a tu casa en un *auto* de alquiler.

—¡A mi casa!... Yo no tengo casa ni llevo un centavo encima...

¡Pobre muchacha!... Apenas había hablado, y don Melitón sentíase ya compadecido y dispuesto a ser como un padre para aquella criatura abandonada.

—Me parece que lo mejor es que te lleve a mi casa por esta noche y mañana ya veremos qué conviene hacer...

Elena, acostumbrada a ver gentes que la miraban hostilmente, con indiferencia o algo peor, dió las gracias al buen viejo que de tan noble modo se portaba.

Noami, la veterana del coro, se extrañó al ver a don Melitón con aquella desconocida.

—¿Puedo yo servirle en algo, don Melitón?

—En nada... Gracias, mujer.

Después de cenar, el viejo marchó con Elena hacia casa... Vivía en una pensión, desconociendo la alegría del verdadero hogar.

En el corazón del anciano comenzaba a germinar el amor más grande de todos los amores: el amor de padre.

Acomodó en el lecho a la chiquilla mientras él iría aquella noche a un cuarto desocupado.

Ya metida en cama, Elena sonrió al buen protector... Hablaban de arte, de lo que cuesta subir por esa escalera angosta de los triunfos.

—Lo más horrible que hay es ser un artista fracasado...

—¿Usted fué artista, don Melitón?

—Sí, hija mía... La envidia destrozó mis ilusio-

nes... Si no hubiese sido por la envidia, sería el actor más famoso del mundo...

Y ante los ojos asombrados de la muchacha comenzó a recitar largas y cadenciosas estrofas de Hamlet, su obra favorita y pareció revivir en aquella modesta sala el espíritu del príncipe solitario.

*
* *

A la mañana siguiente en el corazón de Elena comenzó a germinar un gran amor: el amor filial.

El sol, entrando por la ventana, la despertó muy alegremente... Se levantó y leyó una nota que don Melitón había dejado sobre la mesa.

He ido al Banco por dinero. Espérame. Melitón.

¡El viejo simpático! Su cordialidad le hacía amar de nuevo la vida. Por fin en el cuerpo frío de la gran ciudad, había escuchado el latir de un corazón.

La patrona de don Melitón tenía una debilidad muy femenina: la de pensar siempre mal de todos los huéspedes... Así cuando abrió el cuarto del anciano y se encontró con la muchacha, su sorpresa no tuvo límites.

—No lo hubiera creído nunca de don Melitón...

Despectivamente contempló a Elena que con su presencia manchaba la proverbial seriedad de la casa. Pero don Melitón no se hizo esperar y al ver a la patrona, poniéndole unos billetes de Banco en la mano le dijo:

—He pensado quedarme yo con la habitación

que tiene usted vacante y que la joven se quede con la mía...

A la vista del dinero se ablandó la severidad de la mujer.

—Muy bien, don Melitón, me alegro mucho de conocer a la señorita...

El viejo no cabía en sí de gozo. Un hijo es un regalo del cielo... Y aquella muchacha era como una hija suya que la Providencia le donara para alegrar sus horas tristes.

—Ahora iremos a desayunarnos y a comprar un vestido nuevo y luego a ver si te contratan...

—Don Melitón... padre... ¿cómo pagaré yo lo que usted hace por mí?—respondió Elena, emocionada.

—Fué sólo el egoísmo lo que me movió a recogerte... Nunca esperé sentir el placer de oírme llamar padre...

La primera compra de ropa femenina que hizo don Melitón le costó más que lo que él podía comprar en todo el año, pero lo hizo con gusto, porque esperaba grandes resultados artísticos.

Fueron al teatro... La antesala estaba llena de mujeres que esperaban incansables el turno... Pero la compañía de don Melitón permitió a Elena llegar al despacho del Director.

—Es una verdadera joya—explicó aparte el viejo—. Le aseguro a usted que la muchacha tiene una voz como la Patti y unos pies como la Pavlowa.

El Director la examinó de pies a cabeza, y pareciéndole linda y agradable le dijo:

—Pase usted por el teatro el miércoles a la hora del ensayo...

Elena no sabía cómo agradecer la intervención del viejo.

Y el ensayo dió un resultado favorable: la contrataron.

*
* *

Siguieron semanas de ardoroso trabajo, pero al fin Elena experimentó la gran sensación de su vida, la noche del debut.

Cantó y bailó bien y el público la premió con su simpatía.

El teatro aparecía rebosante... En un palco, acompañado de varios amigos, se encontraba Leandro Taylor, un joven bueno y simpático, pero excesivamente rico y tan aficionado al teatro, que tenía la debilidad de ser amigo y protector de todas las artistas de nombre conocido o que prometían tenerlo. Noamí, la corista, hacía tiempo que trataba de conquistar su amor.

La presencia de Elena en el escenario le interesó, prometiéndose averiguar quién era aquella muchacha tan guapa.

Abandonó el palco para dirigirse al departamento de los artistas. Entre bastidores, en los camerinos, en las salidas de tertulia, iba a caza de novedades.

Elena estaba radiante. Había triunfado... Y eso que ahora no era más que una ballarina del conjunto, pero pronto escalaría nuevas y gloriosas po-

siciones. Don Melitón vivía uno de sus días más felices.

—¿Se dignará mi artista favorita—dijo el viejo a Elena— aceptar mi invitación para cenar conmigo esta noche?

—¡Oh, don Melitón! ¿Cómo pagaré a usted lo que ha hecho por mí? El día que usted me nece-



...pero al fin Elena experimentó la gran sensación de su vida, la noche del debut.

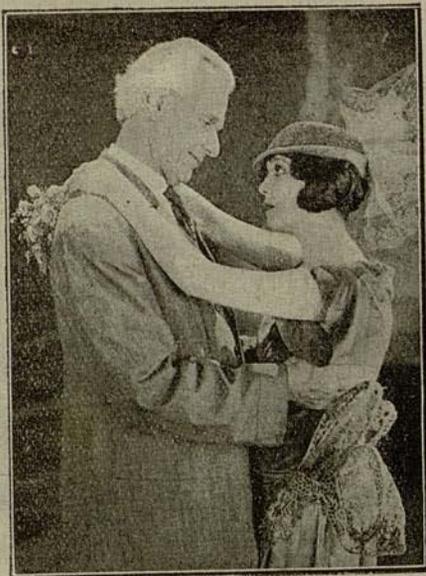
sitara, sería capaz de venir a su lado desde el fin del mundo. Quisiera tener la oportunidad de probarse...

A pocos pasos de allí, Leandro hablaba con el Director.

—¿Quién es esa muchacha morena que ha debutado hoy?—preguntó.

—Una protegida de don Melitón, llamada Elena. Una muchacha que promete ¿verdad?

Noami se llegó a ellos y con voz suplicante dijo:



—¡Oh, don Melitón! ¿Cómo pagaré a usted lo que ha hecho por mí?

—Oye, Leandro, ¿cuándo vas a decidirte a hacerme caso? ¿No sabes que estoy locamente ena-

morada de ti y que por tu amor he dejado de hacer caso a muchos?

—Sí, Naomi, ya lo sé... pero precisamente el mal está en eso, en que son demasiados los que has dejado por mí...

Y volviéndole desdeñosamente la espalda se acercó a Elena y se hizo presentar por el Director.

—¿Quiere usted ir a cenar conmigo, señorita Elena?—le dijo después de haber ponderado su arte.

La presencia del joven causó gran impresión a la muchacha.

—El caso es que estoy ya comprometida... Esta noche tengo que ir con don Melitón...

—¿Y otra noche, don Melitón?... ¿Podré llevar a la señorita Elena a cenar conmigo el miércoles?

El viejo no gustaba de estos homenajes que Leandro Taylor prodigaba a las artistas, pero esta vez accedió al ver reflejado en los ojos de Elena el deseo de aceptar la invitación.

Llegó el miércoles... Una cena después de la función con un joven elegante y simpático, era sin duda mucho más agradable que las empanadas de costumbre de don Melitón.

Una muchacha inexperta como Elena debía sentirse deslumbrada en aquel ambiente de luz del *restaurant*.

Leandro comenzaba a sentirse interesado por Elena. Le gustaban esas ligeras aventuras de amor con muchachas cándidas y aturdidas que creen vivir en sueños.

Mientras cenaban, le dijo, haciendo su propio retrato:

—Un joven moreno, con el bigote recortado parece que siente por usted algo más que simple interés de amigo...

Ella sonrió, halagada en su vanidad... Acertó a pasar en aquel instante un joven alto y moreno,



—¿Quiere usted ir a cenar conmigo?

de bigote también recortado; y muy sonriente, demostrando que era ingeniosa, le respondió:

—Supongo que no será ese señor moreno de bigote recortado, al que usted se refiere...

—No, no es ese al que yo me refiero...

Y después de unas horas deliciosas, cuando regresó a su casa, Elena sintió que un poco de amor invadía su corazón.

*
* *

Pasó algún tiempo. Leandro todas las noches sostenía un ratito de conversación con Elena y de ese trato había nacido en el alma de la joven un sentimiento irresistible hacia el muchacho.

Don Melitón se pasaba las semanas contando los días que faltaban para el domingo que era el día en que él y Elena iban al campo a merendar juntos.

Aquella mañana de fiesta, don Melitón, ilustrado, preparaba el paquete de las provisiones. Elena, con voz temblorosa, le explicó:

—Hace varias semanas que el señor Taylor me está suplicando que le acompañe un domingo a dar un paseo en *auto* por el campo y le prometí que hoy iría con él.

El pobre don Melitón quedó desconsolado. ¡Adiós tardcecita en la montaña respirando el olor del bosque, al lado de aquella criatura, flor de juventud!

—¿Y qué voy a hacer yo hoy sin ti?

—Pero — contestó Elena tiernamente —, ¿no ve usted que Leandro es, después de usted, el mejor amigo que tengo?

El viejo movió tristemente la cabeza:

—Elena, querida, no le des demasiada confianza a ese joven.

—¿Por qué, don Melitón?

—Ten mucho cuidado con él. Mira que esos jóvenes ricos no suelen más que reirse de vosotras... Seguramente no serías tú la primera a quien ese Taylor habrá engañado.

Elena, herida en su amor, contestó:

—¿Por qué habla usted de esa manera de él? ¡Es tan bueno para mí!

—Hazme caso... Voy para viejo... Conozco el alma de los hombres.

La patrona entró en la habitación.

—El señor Taylor espera abajo a la señorita Elena.

La joven, enamorada de Leandro, no dió oídos a los consejos del viejo y se marchó. Y el anciano quedó abandonado aquel domingo, sintiendo las tristezas de la soledad, después de haber saboreado las mieles de la compañía.

Pero a la edad de Elena, la admiración de un joven puede más que las prudentes advertencias de un viejo.

Comieron en el campo. Leandro no ocultaba su gozo al ver la inclinación de la muchacha. Las horas transcurrieron veloces, en una conversación agradable e insinuante.

Taylor pretendió besarla, pero ella esquivó el encuentro.

—¿Por qué huyes?... Si supieses lo mucho que te amo, no me tendrías temor.

—¿Me amas de veras, Leandro?—contestó ella emocionada.

—Como a nadie he querido...

Y sus labios se fundieron en un beso...

En su hogar, entre dos luces, don Melitón reflexionaba seriamente acerca de su primer problema de paternidad... Las asiduidades de Taylor para con Elena le disgustaban profundamente. Elena no parecía la misma de antes. Iba alejándose de su



—Elena querida, no le des demasiado confianza a ese joven.

órbita espiritual para sentirse rodeada por el amor de Leandro.

Elena, de regreso del campo, le echó los brazos al cuello. Estaba radiante de alegría y de felicidad.

—Don Melitón... Leandro me ama ¡me ama de veras! Hoy me lo ha dicho...

Y el viejo, con una sonrisa triste, respondió:

—Y tú le amas a él... ¿No es eso?

—Sí...

¡Pobre hombre! ¡Temía perder su reino de amor!...

Algunos días más tarde, Elena, ante su tocador del teatro, parecía meditar... Se acercaron dos coristas y la más joven le preguntó:

—Soñando con la fiestecita que Leandro va a dar el próximo sábado, ¿no?

—¿Por qué quieres saberlo?...

—Sí se ve a la legua que estás enamorada de él... Cuando nos invitó a nosotras, no nos dijo quién era la otra muchacha, pero supusimos que serías tú...

—Sí, me invitó... pero yo no le dije que iría...

—Haces bien, hija... Que dude... Pero no dejes de ir porque sería capaz de suspender la fiesta si tú no vas...

Elena continuaba soñando en aquel amor... muy a pesar de don Melitón...

Y Noamí, viendo que con el amor de Leandro hacia Elena se alejaba cada vez más la realización de su sueño dorado, quiso derramar en el corazón del viejo todo el veneno que el suyo era capaz de destilar. Enterada de la invitación de Leandro, el sábado, terminada la función, fué a la portería del escenario.

—Leandro Taylor ha invitado a Elena a una fies-

ta en su casa—explicó a don Melitón—. No la deje usted ir...

—¿Por qué, Noamí?

—Yo sé muy bien cómo son sus fiestas. He estado en algunas y le digo a usted que no son muy apropiadas para una muchacha decente...

—Muchas gracias por tu advertencia, querida...

La corista salió y quedó el viejo sumido en un mar de sombras... ¡Había terminado para siempre su tolerancia, su debilidad absurda!... Debía apartar a Elena de la influencia de aquel hombre nefasto...

Cuando Leandro entró sonriente en la portería, don Melitón, con voz enérgica, le dijo:

—Si viene usted por Elena... no la espere... No estoy dispuesto a permitir que vaya con usted esta noche... ni ninguna otra noche tampoco...

—Pero... señor... me parece que no he cometido ningún atrevimiento.

Llegó Elena que, enterada de lo ocurrido, dijo, como disculpándose:

—Siento mucho que don Melitón no me permita volverle a ver...

Cambiaron los dos una prometedorá sonrisa y cuando Leandro se marchó, la muchacha volvióse rápidamente hacia el viejo.

—Me parece que se equivoca usted de medio a medio con respecto a Leandro... Es un perfecto caballero y me ama...

—Si tuviera intención de casarse contigo no te invitaría a esa clase de fiestas.

—Exagera usted, don Melitón...

—¿No comprendes que Taylor no tiene buenas intenciones?... ¿Por qué no le olvidas de una vez?

—No puedo...

Y pasó otra semana en la que Elena, dócil a los consejos del viejo, no vió siquiera a Leandro, pero, día tras día, fomentado precisamente por aquella forzada ausencia, un amor nuevo para Elena y quizás también para Leandro se iba interponiendo entre el amor paternal del viejo y el filial de la joven.

Todo, sin embargo, hablaba a Elena del enamorado... Y las dos bailarinas amigas de éste le dijeron una noche:

—Taylor nos ha invitado hoy... ¿Por qué no has de acompañarnos?

Intentaban convencerla de que fuese con ellas, cuando entró Leandro sonriente.

—Vayan ustedes ya hacia mi casa—dijo a las dos bailarinas—; yo voy en seguida.

Quedó solo con Elena.

—Esta semana ha sido interminable para mí—dijo—. Nunca me imaginé que te quería tanto, Elena...

—¡Leandro!

—Hoy, como sábado, doy otra fiesta en mi casa en honor de algunos artistas... ¿Tampoco vas a venir?

—No puedo, Leandro, no puedo...

—Pero mujer, ¿no me quieres? ¿No te amo yo con toda mi alma? Anda, no seas chiquilla...

—No, Leandro, no puede ser...

—Sé franca conmigo. ¿Es acaso que no quieres dar un disgusto a don Melitón?

Ella bajó los ojos, afirmando.

—Pues mira... todo se puede arreglar... Ve a casa con él... Yo te esperaré en la puerta con el *auto* y cuando don Melitón se haya acostado... sales sin que él se aperceiba... ¿comprendes?... ¿Verdad que lo harás, Elena?

Leandro no quería dejar escapar aquella conquista... Y con la mayor tranquilidad proponía la huida a la inocente joven.

Elena no vaciló más que un momento... Amaba a Leandro sobre todas las cosas.

—Sí, Leandro... Te quiero tanto que no puedo negarte lo que pides... Pero sé bueno, para mí...

Y aquel amor de Elena hacia Leandro con la fuerza irresistible del primer amor de toda joven ingenua como ella, arrolló a su paso, el amor filial que el viejo portero había despertado en su corazón.

Por la noche, Elena esperó a que don Melitón se durmiera para marcharse.

El viejo, desde la alcoba, a través de la pared, había dicho:

—Mañana iremos a Atlantic-City y nos quedaremos allí hasta el martes, probablemente...

¡Pobre hombre! Sentía Elena por don Melitón un cariño muy grande... pero... ¡antes era el amor! Es la ley de la naturaleza... La vida se inclina hacia la juventud que es una promesa del futuro...

De puntillas, silenciosamente, abandonó la es-

fancia dejando sobre su cama una carta de despedida para el viejo.

Salió con todo sigilo... En la calle estaba el automóvil... Leandro la esperaba. El coche se deslizó



De puntillas, silenciosamente, abandonó la estancia...

por las calles asfaltadas y negras de la ciudad...

Don Melitón no podía dormir aquella noche... Le

preocupaba la excursión proyectada para el día siguiente. Llamó a Elena para comunicarle sus pensamientos... Silencio absoluto... Repitió su grito varias veces. Y alarmado, se levantó y fué al cuarto de su hija adoptiva. ¡La muchacha había desaparecido! Con los ojos extraviados dirigió la vista por todos los rincones de la alcoba y sobre la cama encontró el sobre que abrió tembloroso y sospechando algo terrible.

Viejecito mío: Perdóneme y procure comprender mi situación. Amo tanto a Leandro que nada en el mundo sería capaz de separarme de él. Elena.

¡Abandonado... solo! ¡La paloma seducida por el gavilán!... Tenía que salvarla... si llegaba a tiempo.. Vistióse en un santiamén y salió precipitadamente hacia la casa de Leandro.

Este había llegado con Elena poco tiempo antes... La fiesta prometía ser magnífica... Las dos coristas acompañadas de unos muchachos, destapaban alegremente botellas de champaña. El vino comenzaba a embriagarlos produciéndoles una alegría cosquilleante... Elena se aturdiría en este ambiente poco recomendable.

—¿Verdad que me querrás siempre?—le preguntó Leandro, apasionadamente.

—Si no me amases siempre, la vida sería imposible para mí—contestó a su vez la Ingenua.

Leandro estaba contento... La palomita había salido del nido y sería suya... Elena brindaba con una sonrisa de mujer feliz... Pero... Una figura severa, aureolada por la diadema de los cabellos blancos, apareció de improviso en el comedor... Era

don Melitón que había llegado hasta allí después de vencer la resistencia de los criados. Mirando severamente a Elena, ordenó:

—Ponte tu abrigo y vámonos a casa.

Los invitados quedaron sorprendidos al ver a aquel viejo. Leandro maldijo su mala estrella...



La fiesta prometía ser magnífica.

Elena parecía vacilar... Sentía ante la presencia de don Melitón como una sombra de arrepentimiento... Pero Taylor no estaba dispuesto a dejar escapar aquella ocasión propicia.

—Si te vas—dijo—, pensaré que me has engañado miserablemente al decirme que me querías y que te has burlado del amor que te tengo...

Don Melitón le miró con desprecio.

—No lo creas, Elena... Este hombre que hace todo lo posible para hundirte en el fango del arroyo, no te ama... No puede amarte... Mi amor es lo único verdadero... Créeme, Elena, nadie te quiere ni te querrá como yo...



—¿Verdad que me querrás siempre?

—Si te vas con él, hemos terminado para siempre, Elena...

La muchacha sentía deseos de llorar... Por una parte, el cariño hacia el viejo la indicaba que debía seguirle, pero... Leandro... era su amor, su vida entera...

—No me moveré de aquí—dijo el viejo—mientras Elena no se decida a venir conmigo...

Comenzaba a exaltarse ante la incertidumbre de la chiquilla. Esta, queriendo transigir con todos, explicó:

—Por favor, don Melitón, no sea usted mal pen-



—...Mi amor es lo único verdadero... Créeme, Elena, nadie te quiere ni te querrá como yo...

sado... Váyase a casa tranquilo, que luego iré yo...

—¡No, no!... Yo no quiero dejarte expuesta al lado de estos lobos con piel de cordero. ¡Ah, los miserables!

Cogió una de las botellas y pretendió tirarla a la cabeza de Leandro... Elena se apartó horri-

zada. Los dos amigos le agarraron los brazos impidiéndole todo movimiento...

Taylor comenzaba a sentirse cansado de aquel imprevisible número que no figuraba en programa.

—¿No le parece—dijo a don Melitón—, que es preferible que se vaya usted tranquilamente? Déjale estar... y que se marche.

El viejo contempló con un profundo dolor a Elena que le miraba impasible,

—Recuerda—suplicó casi sollozando—, cuántas veces me has dicho que si yo te necesitaba, serías capaz de venir desde el fin del mundo para ayudarme... que si a mí me ocurriera algo, lo dejarías todo para cuidarme...

—¡Don Melitón!...

—¡Pues bien... ahora voy a necesitarte. Ahora tendrás que dedicarte a cuidar de mí.

Y sin tiempo para que pudieran evitarlo, rompió una botella y se clavó uno de los pedazos de cristal en el brazo... produciéndose una extensa herida...

Elena dió un grito de terror... El joven quedó paralizado por la sorpresa... De la muñeca de don Melitón manaba sangre en abundancia.

La muchacha corrió en auxilio del viejo que se había desvanecido.

Leandro rogó a los invitados que se retirasen hasta... otro día...

—Qué mala suerte tenemos—comentaron las dos muchachas al salir...

Elena sollozante explicó a Leandro:

—¡Hay que llamar a un médico en seguida... Este infeliz se ha hecho más daño de lo que él se figu-

raba... No puedo parar la sangre. Se ha debido cortar una vena...

Con gesto de contrariedad, Taylor ordenó a un criado:

—Llame al doctor Burton... Dígame que aquí hay un hombre que se está desangrando...

Don Melitón, tendido sobre un diván, parecía extinguirse por momentos... El viejo portero, al que todo lo que le faltaba de cultura le sobraba de corazón, no había querido producirse tanto daño, sino solamente asustar y mover a Elena a seguirle; pero cuando llegó el doctor, le encontró muy grave por efecto de la mucha sangre perdida.

—Su única salvación—dijo el médico—, está en la transfusión de sangre para reponer la que ha perdido...

—Le ofrezco la mía... Toda la que necesite—contestó Elena rápidamente.

Quería hacer algo por aquel viejo al que quiso abandonar, cegada por el amor... ¡Mujer ingrata!... Le pagaría al anciano lo que había hecho por ella.

Mientras comenzaban los preparativos para la operación, Leandro, que había salido un poco antes de la estancia, entró de nuevo, sorprendiéndole el gesto generoso de la muchacha.

—Es preciso hacer la transfusión inmediatamente—explicó el doctor—. Ni siquiera voy a detenerme a analizar la sangre de la señorita...

El herido permanecía inmóvil...

—Necesitará luego ese hombre un reposo absoluto... No conviene que se le mueva de aquí...

Leandro, ante el sacrificio de aquella mujer,

sintió algo que despertaba en su corazón... Había obrado mal al querer arrebatarse a un viejo el único cariño de su ancianidad... Se había herido por su culpa...

—¿Quiere usted mi sangre?—preguntó decidido.
—¡Oh! A usted le debilitaría mucho la operación que a esta señorita.

—Creo que no cabe duda...

—¿Tú harás esto, Leandro?—repuso Elena emocionada—. ¡Qué buena eres!

—Lo haré por no verte sufrir... y por salvar la vida de don Melitón...

Y ofreció sonriente el brazo al histri.

La operación se realizó felizmente. Elena no se separó un momento del lado del anciano... Leandro se había encerrado en su despacho... Comprendía que sentía por Elena un amor distinto de todos los demás; no era una pasión pasajera ni un capricho fugaz, ni una ilusión de los sentidos como creyó hasta entonces... sino el verdadero amor, el que hace a un hombre esclavo para arrodillarse a los pies de la amada y besar sus manos con devoción religiosa.

Cuando don Melitón recobró el conocimiento, Elena le dijo:

—Fué la sangre de Leandro la que le salvó la vida...

Se incorporó el viejo y sus labios temblaron de odio:

—¿Por qué permitiste que pusieran su sangre inmunda dentro de mi cuerpo?

—Si no hubiese sido por él, a estas horas esta-

ría usted muerto—respondió la muchacha viendo con pena cómo no se había apagado el rencor en el alma de don Melitón...

Leandro entró en la sala y al verle el viejo exclamó, con energía y entonación:

—¿Cómo es posible que toda la sangre que corre por sus venas bastaría para compensar el mal que intentaba usted hacer a Elena?

El joven bajó los ojos.

—Estoy ya bien y me voy de esta casa... Tú, Elena, dirás si quieres venir conmigo o quieres quedarte aquí...

¿Qué iba a hacer la pobre muchacha sino obedecer? Y con paso torpe fué al recibidor a buscar el sombrero. Taylor la siguió:

—Elena, necesito sincerarme... Te confieso que cuando te hice venir a esta casa, había en el fondo de mi alma algo que no era muy distinto de lo que sospechaba don Melitón. ¿Me perdonas, Elena?

¡Pobre muchacha!... ¿De modo que el viejo tenía razón? ¡Aquel hombre era una mala persona! ¡Dios mío!... Es triste vivir en un ambiente donde todo es falso... Pero... Leandro había dado su sangre por el viejo y esto no podía olvidarlo ella...

—Comprendo, Elena, que no tengo derecho a tu perdón después de lo que te he confesado, pero no podía quedarme tranquilo sin decirte, porque he visto claro que tú no eres como las demás... Sola-mente te pido que no me odies...

—No, Leandro, no te odio...

Y poco después, acompañada de don Melitón,

abandonaba aquella casa donde había peregrinado su virtud...

El domingo siguiente, el anciano trataba en vano de hacer olvidar a Elena la tristeza que la atormentaba sin cesar...

La muchacha, después de haber pasado varias horas al lado de su protector, se encerró en su cuarto a llorar el desengaño sufrido...

Don Melitón quedó sorprendido al ver entrar en la sala a Leandro Taylor. ¡Aquel hombre, allí, en su casa! ¡Qué atrevimiento!...

Pero el joven se explicó:

—Quiero hablar con usted porque usted es la única persona que puede devolver la tranquilidad a mi espíritu...

—No, no puedo escucharle...

—Don Melitón, se lo ruego... Desde el día que conocí de verdad a Elena, no he dejado de pensar en la felicidad perdida... Y quiero recobrarla haciéndola mi esposa, si usted y ella consienten en ello...

El buen viejo meditó un momento su respuesta... Elena debía estar llorando en su habitación... Y la actitud de aquel hombre no podía ser más honrada... Se aclaró su rostro sombrío y contestó:

—Si ella lo quiere... La voy a llamar...

Elena, avisada por don Melitón, entró en la salita y no podía creer en tanta dicha al ver allí al hombre amado.

—¡Perdón!—suplicó el arrepentido conquistador venciendo la resistencia de la joven, que se abandonó en sus brazos.



—¡Perdón!—suplicó el arrepentido conquistador.

—¡Leandro... Leandro!

—Elena... ¡eres mía!—respondió él con voz emocionada—. Don Melitón consiente... Te juro que serás pronto mi mujer...

Y mientras se arrullaban, el pobrecito viejo se resignó a que otro amor entrara en el corazón de

Elena, el amor de mujer que no excluiría, sin embargo, el cariño filial, el respeto y el agradecimiento hacia su persona ennoblecida por la ancianidad.



—Elena... ¡eres mía! Don Melitón consiente...

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

E. VERDAGUER MORERA.—TARRASA

PRÓXIMO NÚMERO:

La novelita de gran argumento, que llegará al
corazón de todas las madres

LA NEGATIVA

En materia de amor, no deben mandar los
padres... pues el corazón no se manda... y
obligando a obedecer arruinan la felici-
dad de los hijos.

Intérpretes: CLAIRE WINDSOR,
WILLIAM HAINES, etc.

32 páginas

25 cénts.

Postal-fotografía-regalo:

WARNER BAXTER

—
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda España

Compre usted
todos los
martes,
Public - Cinema

AYER Y HOY

—El mejor magazine-revista—

Y

Public - Cinema

—La mejor revista de cine—